FRANCIA Y CHILE

El Teatro Aleph, un punto de encuentro de la comunicación, el aprendizaje y la expresión teatral

CREER PERMANENTEMENTE EN LA TRANSFORMACIÓN HUMANA

Ilda Peralta Ferreyra
Presidenta de la Asociación Cultural Almutasim y profesora de adultos
ildaperalta@ono.com

En la sección **Plataformas**, en ocasiones, **Aularia** publica artículos no originales. Intenta poner a sus lectores en la pista de actividades interesantes ya publicadas generalmente en la RED. por organizaciones con años de experiencia. Aularia busca aquellas que pueden ser interesantes, al mismo tiempo que ofrece a los verdaderos autores o promotores la posibilidad de publicar en **Aularia**.

Redes:
http://www.theatrealeph.com/fr/latin-spectator/37_casa-aleph-chile
http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-97897.html
http://www.elmostrador.cl/cultura/2017/05/09/julieta-la-nueva-sala-de-teatro-con-que-oscar-castro-rinde-homenaje-a-su-madre-desaparecida/
http://www.chileescena.cl/index.php?seccion=compania&idColeccion=11

El Aleph es un grupo de teatro, y escuela de teatro también, con sedes en Francia y en Chile. En Chile se encuentra en la comuna de La Cisterna, en una casa que les han cedido temporalmente las autoridades de la zona.

Dan clases de teatro gratis y aceptan a todas las personas que quieran participar.

Actualmente se financian a través de actividades que ellos mismos hacen y participando en fondos concursables, puesto que «el teatro, el arte, no es financiado por el Estado», afirma Gabriela Olguín, su directora.

En Francia tienen una sala de teatro propia de 120 butacas, y una escuela para actores novatos.

Tanto en Santiago de Chile como en París, el Aleph funciona independientemente. En Francia tiene cuatro miembros estables y 10 actores franceses, de Malí, Camerún, Colombia y Brasil. En Chile, dirigido por Gabriela Olguín desde 2013, suma cuatro personas más y 10 actores oriundos de poblaciones santiaguinas.

Los principios de la Compañía

«El alma es creer permanentemente en la transformación humana, eso es, básicamente, el trabajo del Aleph. Creer profundamente que el ser humano tiene todas las capacidades para transformarse y que

ellos pueden ser lo que quieren ser», afirma en una entrevista Gabriela Olguín, directora del Teatro Aleph Chile.

Ese fue el espíritu con que se fundó la compañía de teatro Aleph a fines de la década de 1960 y luego se consolidó ante la crítica hacia el año 1972. Fue el golpe de Estado el que apagó las luces de este colectivo artístico que destaca por su propuesta vanguardista y donde el exilio de su fundador, el periodista, actor y director de teatro, Óscar Castro, «El Cuervo», le puso punto final en las tablas chilenas. Sin embargo, a fines de los años 70, el Aleph retoma su rumbo de teatro experimental, pero esta vez en París, Francia, donde Castro se instaló y continúa con su proyecto. Fue en la capital francesa donde Gabriela Olguín, por entonces una veinteañera estudiante de sociología, conoció a su maestro de teatro, quien la formó e invitó a participar en el Aleph.

La sede de París se encuentra en una de las calles más transitadas de Ivry-sur-Seine, barrio parisino que acoge a un gran número de inmigrantes, un colorido y bullicioso rinconcito desde el cuyas ventanas emerge el teatro, de día y de noche. Encumbrado sobre adoquines, el edificio es desde hace cuatro décadas la residencia francesa del Aleph.

La vuelta a Chile

Gabriela se unió a las filas de este teatro integrador, que pretende acercar a los amantes de esta disciplina que no poseen una formación profesional, pero que sienten la pasión y las ganas de participar en una creación colectiva. Ya de regreso en Chile, el espíritu inquieto de Olguín y el lazo de Óscar Castro con su tierra natal, los llevaron a consolidar la reapertura del teatro Aleph.

En París la experiencia había dado frutos y reconocimiento, transformándose en un referente del arte latinoamericano. Su réplica chilena continuó con la tradición, funcionando en un comienzo de manera itinerante, pero el desgaste y las necesidades de asentar-

El teatro y la escuela Aleph

El Teatro Aleph nació a finales de la década del 60,, en el mundo universitario chileno. La escuela tuvo sus comienzos en 1968 en Santiago de Chile, por una iniciativa de estudiantes de secundaria, particularmente del Instituto Nacional y Liceo 1 Javiera Carrera. El proyecto marcado por el periodo los llevó a evolucionar adhiriendo a obreros a este espacio de teatro.

Aleph, su nombre, nace al alero de un festival de teatro obrero, y tiene por significado el número después del infinito, que representa el pasado presente y futuro.

Tras el Golpe de Estado de 1973, la escuela fue censurada y perseguida, presentando por última vez en 1974 con la obra **Y al principio existía la vida** en la Sala del Ángel. Posterior a esta fecha sus miembros fueron detenidos, torturados, exiliados y algunos detenidos desaparecidos.

Posteriormente, El Aleph marcó su sello en las obras desplegadas en los campos de concentración de la dictadura de Pinochet. Hacer desaparecer a su fundador, Óscar «Cuervo» Castro, era algo engorroso para la Junta Militar, por lo cual decidió librarse de él expulsándolo a París. En

el aeropuerto lo esperaban la directora del théâtre du Soleil, Ariane Mnouchkine, el futuro Ministro de Cultura, Jack Lang, y un grupo de exiliados chilenos.

Oscar Castro, junto a su hermana Marieta, continuaron en París con el proyecto teatral Aleph, en conjunto además con ex miembros con los que se encontraron en París.

En poco tiempo logró reconstruir el grupo, conoció al fotógrafo Robert Doisneau, quien más tarde será el presidente del Aleph-Francia, trabaja con el actor Pierre Richard, junto al director de cine Claude Lelouch, el músico Pierre Barouh y los niños del barrio de Ivry sur Seine, donde finalmente Óscar Castro inició su tarea. Esta historia, compartida con cientos de miles de refugiados latinoamericanos, da lugar a la obra **El exiliado Mateluna**, un momento mágico que dio origen al documental ***Exil-sur-scène***, que resuena fuertemente hoy con los desafíos humanitarios a los cuales se enfrenta Europa.

Oscar Castro es el actual Director y encargado de la escuela, tanto de Francia como de Chile, escribiendo las obras a presentar, dando indicaciones y consejos acá en el país a través de Gabriela Olguín, directora de la escuela chilena.

se para consolidar el proyecto los obligaron a buscar un espacio propio. Fue así como consiguieron la casona roja, una concesión de 5 años entregada por Bienes Nacionales.

Expectativas

Y para conseguir que sus planes puedan ser duraderos, Teatro Aleph se ha puesto metas importantes. Pueden contar de momento por unos años con su casa teatro, pero recibieron el inmueble en muy malas condiciones. Cada cuarto se encontraba colmado de basura tras años de abandono. La infraestructura estaba dañada y con la mayoría de los suministros inhabilitados, por lo que necesitaron muchas horas de trabajos voluntarios, en los que participó un grupo de jóvenes franceses que forma parte del Aleph parisino, y con quienes lograron organizar la cocina, el baño y habilitar algunos espacios. Sin embargo, aún quedan tareas mayores, que requiere de un trabajo profesional como instalar un sistema de alcantarillado, la luz, y otros elementos indispensables para poder llevar a cabo las funciones teatrales.

Julieta

Julieta es el nombre de la nueva sala del Teatro Aleph en Chile, un homenaje a la madre del fundador de la compañía, el actor Óscar Castro, quien fue detenida desaparecida desde el 30 de noviembre de 1974.

Un espacio cultural situado en La Cisterna, entregado por el Ministerio de Bienes Nacionales e implementado poco a poco gracias al esfuerzo de sus miembros, y que hoy tendrá su primera sala de teatro, construida con la indemnización que Óscar recibió por el asesinato de su madre. «Esto tiene una trascendencia mayor a que si me comprara un departamento. Lo construí porque es un legado, es como un vientre materno que recibirá a todos esos chicos de barrios populares que quieren hacer teatro», explicó el actor.

Enseñar y dar acogida a quienes comparten su pa-

sión por las tablas, es la labor que cumple el teatro Aleph, tanto en Chile como en Francia. Actualmente la compañía cuenta con una sede en París: una sala equipada para recibir a 120 personas. Mientras la versión chilena, dirigida por Gabriela Olguín desde 2013, cuenta con 4 miembros estables quienes han enseñado a más de 150 actores amateurs. «Ha sido hermosamente difícil, antes ensayábamos en el barro, y ahora ya tenemos un techo. Este proceso ha habido una recuperación del adobe, alcantarillado, todo por autogestión», señala Olguín.

«Hace un año atrás no teníamos nada y ahora tenemos una casa maravillosa que nos han ayudado los mismos vecinos a construirla. Los mismos alumnos que vienen a hacer sus cursos acá, con quienes hacemos los talleres, el montaje, ellos vienen a hacer también trabajos voluntarios», subraya Gabriela Olguín, para quien el balance sólo puede ser positivo. «Es creer. Es volver a creer, es volver a maravillarse, a creer que tú puedes construir. Yo creo que este es un lugar en construcción donde todos pueden venir a dar su granito de arena», puntualiza Olguín.

Han lanzado además una campaña de *crowdfunding* que pretende reunir el dinero necesario para la finalizar la reconstrucción y continuar con el proyecto artístico.

La metodología del grupo Aleph

Aseguran que lo que los destaca es su metodología «alephiana», una en la que no existe la competencia, «acá todos son parte de la obra y nadie se queda sin líneas, si alguien tiene un texto muy largo, se reparte entre todos, nuestra base es la solidaridad», indica Gabriela.

Óscar Castro, «El Cuervo»

«Mientras estuve preso armé obras teatrales en forma permanente lo que hizo que me mantuviera con espíritu positivo. Es una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida». Castro recuerda que su labor artística en el presidio le brindó ciertos privilegios «como dormir a veces hasta las once de la mañana», y cobijar recuerdos de amistad y compañerismo entrañables que en un futuro aparecerán en un libro o en una obra cinematográfica. La auto terapia surtió espléndidos efectos en este joven veintiañero que en vez de masticar odio y resentimiento evitó que su alma se arrugara dentro del penal.